

Vladislav Inozemtsev

Análisis

# Un nuevo mundo de conflictos

► Rusia llegó a la conclusión de que debía aprovechar su «superioridad energética» antes de que la perdiese

La guerra en curso en la frontera oriental de Europa todavía domina la agenda, pero esta vez propondría echarle un vistazo más profundo, teniendo en cuenta el cambio más importante que se está produciendo en la economía global: la transición en las fuentes de energía que experimenta el mundo. Cada uno de esos cambios cambió a las potencias mundiales: el Imperio Británico ascendió a la hegemonía mundial del carbón, mientras que la expansión de EE UU y la URSS fue impulsada por el petróleo y la energía nuclear. Ahora, la dependencia de Europa del petróleo y el gas rusos está explotando a todos en la cara.

La importancia de este tema me lo trajo un libro esclarecedor, «La megatendencia de la energía alternativa en la era de la competencia de las grandes potencias» escrito el año pasado por un conocido académico estadounidense, Alexander Mirtchev (The Prologue: The Megatendencia de energía alternativa en la competencia Age of Great Power, Nueva York: Simon & Schuster, 2021).

Una de las ideas principales de Mirtchev es que la cuestión energética, que desde el final de la Guerra Fría se ha considerado principalmente económica y, en los últimos años, principalmente moral, sigue siendo ante todo la cuestión de la seguridad (o, como dice el autor, de «titulización») afectado por, y generando, implicaciones de seguridad tanto estrechas (geopolíticas y militares) como amplias (ambientales y económicas). Durante los últimos dos siglos, las preocupaciones sobre el suministro de energía han estado impulsando la política de las grandes potencias: la Armada británica hizo de la ubicación estratégica de las estaciones de carbón una de sus prioridades más importantes; Hitler perdió su batalla más destacada de Stalingrado en la Unión Soviética mientras intentaba obtener acceso al petróleo del Caspio; Estados Unidos prestó una atención increíble a la región del Golfo Pérsico/Árabe desde la década de 1950.

Hoy, sin embargo, la nueva «megatendencia de energía alternativa» que, como argumenta el Dr. Mirtchev, «es un fenómeno construido socialmente» produce implicaciones geopolíticas completamente diferentes. En la época de la economía de hidrocarburos «clásica», los recursos eran vistos como un «premio», por citar otro gran libro sobre el tema (Yergin, Daniel, The Prize. The Epic Quest for Oil, Money, and Power, Nueva York: Simon & Schuster, 1993). Hoy la situación es diferente: la energía se ve como una palanca,

a veces la única, que permite que unas naciones influyan en otras. En el caso de Rusia parece obvio: posee una influencia extraordinaria sobre Europa a la que abastece de petróleo y gas. El Kremlin se puso cada vez más nervioso cuando EE UU comercializó por primera vez petróleo y gas de esquisto bituminoso en la década de 2010, y luego cuando la Unión Europea gastó cientos de miles de millones de euros en su agenda de «energía verde».

Por supuesto, las razones de Rusia para atacar a Ucrania fueron en su mayoría irracionales, pero tanto la percepción de Moscú de su «influencia energética» como su temor a la inevitable desaparición de este último debido a la «revolución de energía alternativa» en curso también tuvieron gran importancia. Por un lado, el presidente Putin creía que Occidente no actuaría con sanciones debido a la dependencia energética de Europa de Moscú; por otro lado, nada se debatió tan intensamente en Rusia en 2020-2021 como la perspectiva de perder este tipo de dominio cuando la UE se embarcó seriamente en su

nueva política energética.

Quedó claro para los expertos y políticos rusos que se le acababa el tiempo al país como actor global, ya que había fracasado en los intentos de modernización y no poseía otras ventajas, excepto sus vastos recursos energéticos. Las políticas de Rusia durante toda la presidencia de Putin pueden describirse como algo que el Dr. Mirtchev llama «imperialismo energético», ya que el propio Putin, a mediados de la década de 2000, postuló a Rusia como una «superpotencia energética». En el salto geopolítico actual hacia el dominio, basado en esta «superioridad energética» que debe usarse antes de que se pierda, Rusia puede arruinarse fácilmente como una gran potencia y quedar marginada a medida que se acerca la nueva era de la energía. Se pone peor. La «titulización» de la energía alternativa discutida por Alexander Mirtchev puede causar problemas aún mayores en lo que respecta a las nuevas tecnologías. Por un

lado, la energía alternativa aumenta la autosuficiencia de Occidente y, en un futuro no muy lejano, puede transformar a Europa en una región

**Putin creía que Europa no actuaría por su dependencia energética**

bastante independiente no solo de Rusia, sino incluso de las monarquías del Golfo Pérsico, la fuente alternativa de suministro de petróleo y GNL. Pero uno necesita mirar los recursos que parecen ser crucialmente necesarios para llevar adelante la «revolución verde»: en primer lugar, el litio utilizado en las baterías y los metales de tierras raras necesarios para la fabricación de imanes permanentes vitales para la producción de turbinas eólicas, y motores de vehículos eléctricos. Aquí, dejando a un lado a Rusia,

nos dirigimos a otra potencia dictatorial global revisionista, China. El gigante asiático en ascenso es actualmente el tercer mayor proveedor de litio del mundo con el 16% de la producción total, y su participación se cuadruplicó desde 2015! En las tierras raras, su dominio parece mucho más impresionante, con el 60 por ciento del total mundial (e incluso el 70 por ciento si se suma a nuestros cálculos su aliado regional más cercano, Myanmar).

Los líderes de China, como declara la Guía de seguridad provisional del gobierno de EE UU, «buscan ventajas injustas, se comportan de manera agresiva y coercitiva, y socavan las reglas y los valores en el corazón de un sistema internacional abierto y estable», y capitalizarán la posición única de China en el nuevo mundo de «energía verde».

Asimismo, el papel fundamental que China ya juega en la producción y suministro de elementos fotovoltaicos, generadores de energía eólica y baterías para vehículos eléctricos. Entonces, por lo tanto, en veinte o incluso diez años a partir de ahora, no solo Europa, sino Occidente en general puede encontrarse en un mundo donde China controla una participación mayoritaria en el dominio de la energía alternativa, por lo que el «prólogo» que el Dr. Mirtchev describe que puede convertirse en un purgatorio en nuestro camino hacia otra situación infernal que fallamos tanto en predecir como en prevenir. El mundo del siglo XXI, tal como se predijo desde sus inicios, no parece un momento en que la historia haya terminado. Está viva y coleando y se aplica a los problemas energéticos no menos que a muchos otros. Nadie duda de que la era de la «energía limpia» puede ser la «megatendencia» individual más crucial, pero cuidado: sería un gran error creer que este movimiento nos lleva a un mundo sin conflictos.

**Vladislav Inozemtsev** Asesor especial del Proyecto de Estudios de Medios Rusos de MEMRI. Fundador y Director del Centro de Estudios Post Industriales con sede en Moscú



Un trabajador de una empresa energética de carbón en Siberia, Rusia

REUTERS